

DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (2º Reyes 4, 42-44): **Comerán y sobraré.**

Salmo (144, 10-11.15-16.17-18): **«Abres tú la mano, Señor, y nos sacias»**

2ª lectura (Efesios 4, 1-6): **Un Dios, Padre de todos.**

Evangelio (Juan 6, 1-15): **¿Con qué compraremos panes para que coman?**

Es un hecho que la desigualdad extrema en el mundo está alcanzando cotas insoportables. Actualmente el 1% más rico de la población mundial posee más riqueza que el 99% restante de las personas del planeta. «En un mundo en el que cada una de cada diez personas carece de alimentos suficientes para comer y más de mil millones de personas viven bajo el umbral de la pobreza, la desigualdad ya no es un tema que perjudique solo a los pobres, sino que está dañando a toda la sociedad»

El poder y los privilegios se están utilizando para manipular el sistema económico y así ampliar la brecha, dejando sin esperanza a cientos de millones de personas pobres. El entramado mundial de paraísos fiscales permite que una minoría privilegiada oculte en ellos 7,6 billones de dólares.

España no es una excepción: en 2015, el 1% más rico de la población concentra ya casi tanta riqueza como el 80% más pobre. Mientras, la población en situación de pobreza y exclusión ha alcanzado en 2014 su máximo histórico, un 29,2% de la población, 13,4 millones de personas.

Hoy en día es imposible combatir con éxito la pobreza sin abordar de manera decidida la actual crisis de desigualdad. Atacar el complejo entramado de paraísos fiscales que hace posible que se vacíen las arcas públicas es fundamental para combatir la desigualdad de forma efectiva.

¿Que contraste entre esta realidad y la utopía cristiana del Reino! Con que contundencia lo expresó el papa Francisco: «Así como el mandamiento de “no matar” pone un límite claro para asegurar el valor de la vida humana, hoy tenemos que decir “no a una economía de la exclusión y la iniquidad” [...] Ya no se trata del fenómeno de la explotación y de la opresión, sino de algo nuevo: con la exclusión queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está abajo, en la periferia, o sin poder, sino que se está fuera» (“Evangelii Gaudium”, 53).

Los cinco panes y dos peces que cada cual lleva consigo sirven para dar de comer a muchos; el miedo a perder de lo propio deja paso a la alegría de compartir y los realistas “*cálculos humanos*” serían superados con creces. Con Jesús la vida se multiplica, la gente queda saciada y sobra.

Así lo vieron y lo experimentaron los discípulos que caminaron con Él y así lo vamos experimentando hoy, nosotros, cuando nos colocamos a su lado: lo poco que somos, lo poco que tenemos se multiplica cuando lo ponemos en sus manos, para que sirva a otros; la tristeza que produce el egoísmo se torna en alegría cuando, llamados por Él, salimos al encuentro de los hermanos; y la esclavitud producida por todas las cosas que nos atan se convierte en libertad personal y social cuando vivimos por su Reino. ¿No es esto un milagro?

Sus palabras multiplicaban la vida. Iluminaban la mente y abrían el corazón de la gente para, así, comprender y acoger a un Dios que, cada día, hace buenas todas las cosas. En sus palabras se podía ver el Reino; Dios comenzaba a ser el Padre de la misericordia sin límites; y, por fin, después de una eternidad de menosprecio y olvido, se sentían «bienaventurados» pues Dios estaba de su parte. Sus palabras abrían las puertas de la esperanza y las fuentes de la alegría.

Sus gestos multiplicaban la vida. Toda su vida era un nuevo modo de hablar, diferente al de cualquier otro maestro, un hablar lleno de autoridad, la que da la coherencia entre lo que se dice y se vive. Con Él aparecían alternativas insospechadas: la ceguera de quien no sabe ver pero quiere ver sanaba; la sordera de quien nunca oyó el grito de la realidad y, desde ella, las llamadas de Dios, comenzó a sanar y a oír; los cojos por culpa de los golpes de la vida, comenzaban a erguirse y a caminar, y los excluidos por culpa de la ignorancia, los prejuicios, la raza y la religión comenzaron a experimentar que tenían un lugar en la mesa de la vida. Jesús con lo que hacía, multiplicaba la vida.

Él sigue pasando por aquí, por esta nuestra historia, anunciando la misma Buena Noticia y haciéndola real. Nosotros seguimos teniendo tan solo cinco panes y dos peces. Pero es suficiente. En sus manos todo lo que a nosotros nos parece poco es suficiente. Una mirada que acoge y no condena, una sencilla palabra de aliento para quien se siente triste, una pequeña aportación económica para compartir con los millones de excluidos, una pregunta a tiempo, la escucha atenta para quien necesita desahogarse, un abrazo para quien necesita todo el cariño del mundo, un «no pasa nada» ante las ofensas, y el deseo profundo de que la vida sea vida para todos. Como Dios quiere. Y Él lo multiplicará